

## Los turbios trabajos de la negra noche

In: Otamendi Etxabe, Jose Luis: *Desde aquí (Antología del cuento vasco actual)*, Hiru, Hondarribia, 1996: 69-81.

A muchos de los que al comienzo de esta larga noche se confiaron en exceso los mataron vergonzosamente a plena luz del día, y muchos de los que nacieron entonces han muerto más tarde sin ver la luz en su vejez. El hombre armado que llevó a cabo, como un milagro el engaño de convertir este oscuro y largo intervalo en un hermoso y duradero día para los ciegos, atrajo oleadas de turistas para admirar el milagro y fueron ellos quienes más propaganda hicieron de nuestro incomparable sol a través de todo el mundo.

Al cruzado con pantalones que organizó la difusión de esta ristra de mentiras lo nombraron Ministro.

El terrible precio de este fantástico suceso fue la ceguera.

En medio de esta ceguera, el hacedor del milagro utilizó muchos manidos vericuetos para hacer desaparecer a los hombres de nuestro pueblo: Algunos de los que salían de la cárcel con la tarjeta de "*en libertad*"<sup>1</sup>,<sup>1</sup> comenzaron a convertirse en cadáveres por los rincones. Otros muchos fueron directamente fusilados o se pudrieron en largos años de cárcel. Todo discretamente, por supuesto, entre tinieblas. De igual manera hicieron desaparecer también la palabra de este pueblo; ya no se encontraba al amparo de la Iglesia, pero tampoco nadie se quejaba; exiliaron a muchos curas, algunos muy lejos, como penitencia, para que se enriquecieran en indulgencias; y como tampoco los muertos podían ya hablar en euskara, todo era beneficio para el castellano... Y así, este diluvio nos ahogó para siempre en las crudas tinieblas, amén. Habíamos oído hablar de aquel diluvio universal de la antigüedad, cuando la lluvia cayó durante cuarenta días y cuarenta noches, pero entonces había un Arca pilotada por Noé, nosotros, en cambio, no teníamos siquiera una pequeña brújula para saber quién era quién en aquella noche de cuarenta años, y como el Espíritu Santo que creíamos que iluminaría la oscuridad que nos ahogaba se quedó tomando un falso sol, las señales naturales y sobrenaturales se enredaron y desviaron: las flechas que debían señalar al cielo se marchitaron y quedaron mirando hacia abajo, veíamos a los habitantes del infierno, bien frescos, mirando imaginariamente al cielo bajo palio; la verdad se hizo peligrosa: hablar estaba expresamente prohibido y la bendita mentira se adueñó de las fábricas de comunicación y, así, inmediatamente, cumplir con lo que ordenaba la mentira se convirtió en motivo de premio.

La propia conciencia había perdido el norte.

Fue en esta época cuando Pello, un andoaindarra ribereño, se puso a inventar un pequeño aparato para poder ver lo que había dentro de la conciencia de cada uno, algo parecido a esas negras máquinas de fotografiar que sirven para observar los pulmones de

---

<sup>1</sup> Los textos en cursiva aparecen en español en el original.

los tísicos. Desgraciadamente, aquella astucia imprescindible confundió muchas mentes para siempre y Pello se llevó consigo la sed de aquel hermoso invento, y no al descanso de esa cálida tierra, que es su propio origen, sino al yermo cajón de un gran armario de cemento.

Para cuando empezaron a decirnos que el final de aquella larga noche estaba próximo, ya nos habíamos resignado; y así, un oscuro invierno que todavía habitaba en mi interior me llevó a ponerme un grueso chaquetón y dirigirme al espigón del río. Vi a muchos que venían a buscar peces o pertrechados con cañas; pues sucede que este río de nuestro pueblo, además de ser un río es también una frontera, ya que, como consecuencia de un abracadabra histórico, esta corriente de agua se convirtió en húmedo y móvil mojón fronterizo. Aquellas cañas que me parecieron estar vigilando el espigón levantado en el río con grandes piedras, conversaban entre sí, en voz baja, un nivel de voz adecuado para no asustar a los salmones que hacía mucho habían desaparecido de allí, y también yo me senté sin ruido sobre las piedras: justamente en la misma zona en la que una vez, mientras caminaba en medio de las tinieblas, la guardia civil, al tiempo que me enfocaba con una linterna me dijo "*¡a dónde va!*".

Como consecuencia renovaron mi antigua ficha. Por San Esteban se cumplirán dos años.

Ahora yo no tenía más que llegar al espigón, ¡quieto!, para convertirme en piedra para ellos.

Pasados unos diez minutos, llegó un coche guiado por una atrevida y descarada luz, y pude ver que los hombres me miraban, como si yo tuviera algo que ver con el coche, y mientras tanto también yo conté a los curiosos: dos en la última caña, y uno en cada una de las otras cuatro... Parecía que todos estaban esperando esa luz para recoger con su carrete el rojo cebo ("*no pican, pero comen*"); mientras tanto, en medio de la fría y húmeda oscuridad, nos dimos cuenta de que el coche recién llegado era bastante viejo, al oír los torpes y desacompañados golpes de los pistones; al quitar el contacto, en cambio, pesado y tembloroso, se ahogó ruidosamente. El recién llegado apagó de inmediato los faros; alguien bajó del coche (¡pam!: la puerta); en cuanto una linterna se encendió a unos cien metros, pude percibir el nerviosismo: por una parte el silencioso movimiento de los pescadores detrás de nosotros, al borde de la playa, los "tac" al recoger la caña, y luego el sonido de los carretes, en aquel enfermizo silencio; todo discreción; después un hombre solo se acercó por mi derecha y, con tiento, insinuó un "hola" o algo parecido; como no tuvo ningún efecto en los demás, yo mismo tuve que responderle "hola" con una voz baja, apropiada para aquel ambiente.

Allí estábamos, seis cañas que no conseguían pescar ningún pez, y ocho hombres contándome a mí, en un silencioso trabajo de vigilancia del río que hace de frontera.

Era incluso demasiado.

El silencio creció, se hizo más grande; comencé a escuchar la historia de los largos murmullos que contaban las ruedas líquidas, que rompían sonoramente, al llegar a la playa de Hendaya. De vez en cuando una palmada o una patada para ahuyentar el frío... A ratos, un largo ruido de carrete al levantar un cebo vacío, luego, el fino viento que sacude la caña y el ¡pluf! que hacen en el mar los cebos, las gusanas o las chirlas, como si cayeran a un pozo... Y así, de repente, un ¡ah!, y el último en llegar eleva con fuerza la

caña, con un leve ruido de carrete... se encienden dos o tres linternas; una al final del todo, una de esas grandes que se suelen llevar en los coches; y ante mí se reúnen cinco hombres, seis contándome a mí, los seis con viseras, y vamos descubriendo que el portugués tiene entre sus oscuras manos una hermosa dorada de más de dos kilos... escuchamos todos con envidia el esfuerzo que hace el pez, todavía vivo, por librarse de las manos del hombre... uno dice, hermosa dorada... *"¡por lo menos tres kilos!"*... y otro enseguida *"ni dos tiene..."* intentando menospreciar la habilidad del portugués que, en silencio, con la boca abierta de par en par bajo el bigote, se dirige hacia el coche..., y por encima de los murmullos y los sonidos de los carretes siento, porque soy el que más cerca está, que despierta a alguien, y que primero es un niño quien dice a su madre algo que parece ser un elogio para el padre, y al final, también ella felicita al hábil pescador, en palabras llanas, claro está, como corresponde a la gente corriente...

Y mientras esperamos de nuevo en silencio su regreso, allá que encienden el fuego de una "foa", parece que con gasolina, junto al coche; miro hacia atrás y estallan algunas risas y carcajadas maliciosas... *"¡va a volar su coche!..."*

Ni media palabra en euskara.

Exceptuando los dos hombres que vigilan la caña de la otra punta, se inician las idas y venidas marcadas por risas despectivas... Según señalan estos mensajeros, el portugués ha puesto el pescado a asar en una parrilla hecha con tres alambres sobre un fuego de madera.

Pronto se extiende un agradable olor.

Ahora, con la luz que difunden las llamas de la hoguera, puedo ver las siluetas de los hombres, cada cual atento a lo suyo: el rápido chirriar del hilo del carrete, se pone el cebo y *"¡plast!"*, suenan los plomos al caer, y luego un chirrido más breve para recoger; en ocasiones dos a la vez..., también hablan entre ellos, sobre todo por el problema creado por el portugués... *"¡Debe ser un portugués que es también gitano!..." / "... Lo que a ese jodido le falta es acaso el permiso de pescar aquí, ¿eh?!" / "... ¡¡Y va a pegar fuego al coche con esa fogata tan cerca de la gasolina!!..."*

Estos dos últimos comentarios envenenados pueden ser malvados...

Aun así, cada cual continúa tras su caña; ¡cuando no se consiguen capturas hay que contentarse con chistes!...

Deben ser ya las once, y no llueve, pero el cielo está negro, con niebla baja; un mundo cerrado, húmedo y frío al borde del mar, y el agua viva bajo las rocas, "plis-plas", aunque no haya viento...

Temo que alguno de estos mastodontes pueda hacer daño al portugués y, en silencio, dejo mi sitio, hago un pequeño descenso por encima de las piedras hasta el arenal que hay tras los árboles y allí está el matrimonio, al abrigo del viejo Peugeot azul, con un niño de unos seis años, comiendo con las manos la hermosa dorada... No hablan, cada uno con una manta por la espalda, a la luz del suave calor de la hoguera; el hombre tiene además una botella de vino.

¡Los he asustado!... Les digo que no pasa nada, que soy un vecino, que tengo la costumbre de darme una vuelta por el espigón antes de acostarme, aunque haga frío... pero que quería decirles..., les estaba hablando en castellano, pero de repente me doy cuenta de que no me entienden; como no sé portugués lo intento en francés..., el

hombre, un hombrecillo vivo y delgado, dice que sí..., y empieza a hablar en un francés muy malo, tan torpemente como yo, y enseguida coge el relevo su mujer, que habla mejor, diciendo que iban a casa, a un pueblecito que está cerca de la ciudad de Portalegre. Justo en la frontera con España... que iban allí a pasar las Navidades con la familia, como todos los años, y que Fernao, es decir su marido, tenía la costumbre de parar allí a descansar un poco, porque como era buen pescador, cuando iban de viaje, de vez en cuando le entraba el capricho de comer pescado fresco, y que a su esposa, ¡a ella!, también le gustaba, lo mismo que al crío, "¿verdad?"... le pregunta al niño que come el pescado con las manos, a ver si está rico lo que ha pescado papá; el niño dice que sí con los ojos y la cabeza, ¡por supuesto!... Entonces pregunto al hombre a ver si tiene permiso para pescar aquí...; éste interroga a su mujer con la mirada, a ver si ha entendido bien, a ver qué permiso necesita para hacer lo que ha hecho..., lanzar un cebo al río, esperar a que un pececillo lo muerda y luego, si hay suerte y lo coge, asarlo y comérselo..., y, y..., ahora, riendo y gesticulando, lanza la sentencia que veo en su cabeza e incluso en el fondo de sus ojos: que podría ser que el pescadito que se está comiendo..., ¡y que lo disculpe!, pero ahora mismo se le ha ocurrido... ¡que ni siquiera me han ofrecido un poco del pescado que están comiendo!... que cómo ha podido, que por favor lo perdone... y con una sonrisita tímida está explicándome lo que piensa...; yo le digo que no, que se lo agradezco de corazón...; y entonces dice que podría ser que ese pescadito que se están comiendo los tres ¡fuera portugués!...; al decir esto sonrío, pero está claro que cree en la posibilidad de una represalia, y mira a su esposa para que me transmita lo que ha dicho...; y yo le digo que sí, que le entiendo, ¡cómo no!, y que tiene razón, pero que, por si acaso, es mejor que ¡cuanto antes!, acaben de comer, apaguen bien el fuego, y se vuelvan a poner en marcha hacia su casa...

Y entonces, con permiso de su marido, ¿sí?... el hombre hace que sí, y entonces... me hace una confidencia..., porque está claro que yo soy una buena persona... que esa costumbre suya de detenerse en este lugar tiene una razón sentimental: hace diez años, Fernao, entonces todavía soltero, cruzó por aquí la frontera. Después ha legalizado su situación en Francia, pero recuerda con gratitud este lugar, ¡porque aquella huida le trajo buena suerte!, y que fue así como se acostumbró desde entonces a hacer una visita a este lugar en sus viajes... Y que, ¡me lo pide en el nombre de Dios!... que no se lo cuente a nadie... Luego el matrimonio se asombra de su osadía, y se asusta; veo el pánico en sus ojos; quizás están volviendo a preocuparse por la posibilidad de que yo sea un policía..., ¡oh!, el niño se ha quedado dormido con la manta por la espalda, las mejillas sonrosadas por el dulce fuego, en el regazo de su madre... Yo les digo que no..., por supuesto, pero mientras estoy en ello aparece... viene bajando desde los árboles, un hombre, con la cara verde por el frío, y no dirige sus preguntas al portugués sino a mí: que a ver qué hago de noche en la orilla del Bidasoa, que a ver si no sé que aquello es la frontera... Yo digo que sí, y que vivo allí mismo, en el pueblo... Al joven de barba le castañetean los dientes de frío, pues no lleva ropa de invierno, pero dice descaradamente: que le enseñe mis papeles. / Le enseño mi DNI, mi carné de identidad, y mientras lo observa por un lado y por otro se me ocurre que, en lugar de ser policía puede ser algún bromista de entre los que están pescando, que quiere asustarme, o asustar a los portugueses, y que quién sabe si lo de encender la fogata en el coche no era una broma, y cuando me devuelve el

documento soy yo el que pregunta, bastante serio (me he atrevido), le digo que ahora soy yo el que quiere saber si realmente es un policía, y que lo mismo que él ha examinado la mía, que me muestre por favor su acreditación... y por la mirada que me dirige me doy cuenta ¡de que realmente lo es!, y aun así, saca su documentación del bolsillo trasero del pantalón, ¡y me lo lanza al aire!... y yo tengo la suerte de cogerlo al vuelo, ¡si no, se hubiera ido al fuego!..., y después de mirarla: he sabido que era "Melquíades Ruiz Gallardo" y, por supuesto, policía... bueno, ahora le devuelvo cuidadosamente el documento a la mano, que estaba bien, que yo me había acercado a hablar con los portugueses, al ver la buena pesca que habían hecho... /El policía me pregunta si conocía de antes a estas personas... /Yo digo que no, y que si quiere que les pregunte a ellos... /¡Que me quede sentado donde estoy!, ¡y que no hable!: que nos quedemos los cuatro donde estamos, que volverá enseguida, ¡que tiene que llevarnos a la Comandancia!

Yo me quedo mirando al niño, pobrecito...

Nos quedamos ahí los cuatro, y desde donde estoy sentado, a la luz de nuestra hoguera languideciente, veo que el policía se detiene tras los árboles, y que desde allí, como si mirara a los pescadores, hace un gesto a alguien que está más lejos, como indicándole que se quede quieto; intento descubrir el lugar donde está el otro policía, y al final lo veo tumbado tras la roca, también él al parecer observando a los pescadores. Y me lo digo a mí mismo, mientras mis tres compañeros, la madre ha despertado al niño, me miran desconfiados...

¡Ta!, se oye un disparo.

El niño es el que menos se asusta, pues los disparos de la televisión son más ruidosos... Yo me pongo a mirar a los dos policías, tumbados, y los dos suben al espigón, cuidadosamente, con el cuerpo pegado al suelo, y otros dos "¡ta!¡ta!", como si hubieran salido de sitios diferentes. ¡Por la playa suben más policías!... La madre aprieta al niño contra el suelo y lo protege con su cuerpo; el niño calla; el hombre se tiende y observa por debajo de la visera. Todavía no se ha oído ninguna voz. ¡Ahora son pasos!, pasos rápidos de zapatos sobre el espigón, y un ¡alto!, y un ¡pías!... alguien cae al agua, y luego otro más... "¡¡agárralo!!", un grito, y "raaast! ¡pla-pla-pla!", el sonido de un motor en marcha que seguramente se habrá acercado a remo y que yo creo reconocer, y entonces sí, se oyen más tiros, cinco, seis..., y "¡dale al cabrón!", y el motor a toda velocidad..., cada vez más lejos; disparan aún algunos tiros más, pero como al aire, sueltos; después se oyen las voces y las discusiones de las cinco o seis personas del espigón, y la gruesa voz que habla ahora desciende hacia nosotros...

¡Los portugueses están muertos de miedo, mirándome a mí!

"Bueno, monten en su coche, todos... Usted también", esto último está dirigido a mí; todavía tiene la pistola en la mano... Desde arriba, desde el espigón, el hombretón de ceño hosco y bigote desciende ahora hacia la hoguera casi apagada... "¿Qué vas a hacer con éstos?", le pregunta al joven policía que nos está devolviendo ya al Peugeot azul./ "Se vienen con nosotros a declarar..." / "Son portugueses..." / "¿Y qué cono hacen aquí a esta hora? que se expliquen..." / "Bueno", dice el moreno alto "¿y éste?" / El "éste" soy yo..., "también tiene que explicarse..."

A la mujer y a mí nos meten en la parte trasera del Peugeot con el niño, ¡con un montón de paquetes y trastos entre las piernas!, y cuando el policía de barba monta delante, junto al conductor portugués, el de bigote negro que se había ido vuelve a donde él y le dice:

*"Tú vete con el coche patrulla, que yo me ocupo de esto..."*

Es una orden, pues el otro sale del coche y se encamina hacia el espigón, en silencio...

*"Andando..."*, dice el de bigote sentándose junto al conductor portugués, y nos vamos por el borde de la playa a la Marina, al pueblo... Al mirar hacia atrás por la ventanilla, veo que dos personas bajan desde el espigón y apagan los restos de la hoguera dejada por los portugueses... Nosotros nos vamos, avanzamos un tramo por el casco urbano y el portugués detiene el vehículo por orden del policía, éste se baja y abriendo mi portezuela trasera dice:

*"Sal, entonces, nos vemos mañana, a las diez, como siempre..."*

Y luego, fuera, al oído (*"Se nos han ido dos, los cebos, pero al 'gordo' ya lo tenemos..."*). Y de nuevo en voz alta: *"¿Conforme?"*... a mí, y vuelve a subirse al Peugeot azul y se va con los pobres portugueses camino de la Comisaría de Irún.

Me han dejado cerca de casa.

No delante del portal de mi casa, ¡por supuesto!

¡Ahora los portugueses saben que soy un delator!...

Lo siento en la úlcera del estómago... vergüenza. Tendría que avergonzarme de lo que hago. ¡Muchas veces, yo mismo, al levantarme, sin cerrar los ojos veo mi cara de Judas como si fuera otra persona! Hace dos años creía que mi vieja ficha, ¡estaba muerta!, me involucraron en la huida de mi hijo mayor; después al pequeño, ¡todavía un niño!, lo encarcelaron... No he hecho esto por mí, tampoco por mi hijo pequeño: en esta ocasión ha sido a Joxepa, mi mujer, que cuando lo del primero tuvimos que llevarla a Mondragón... a quien he querido salvar.

Antes de acostarme, me he quedado solo delante del espejo, sin poder imaginar cómo ocultaré mañana por la mañana, a la madre y al hijo que ahora duermen, o al menos están en casa, ese brillo que pueden descubrir en mi mirada.